

Claridad para desenredar la economía

Paul Krugman desmonta en **¡Acabad ya con esta crisis!** las recetas convencionales para salir de la depresión financiera

ANDRÉS MONTES

La voz del banquero Gatewood es la más segura y altisonante de cuantas viajan en **La diligencia** de John Ford. Con el mismo liberalismo agreste que se ha adueñado del discurso económico en las últimas tres décadas, Gatewood abomina de que el Estado supervise su negocio y reclama un empresario al frente del gobierno antes de proclamar que «lo que es bueno para el banco es bueno para el país». En ese momento el espectador desconoce todavía que el viaje del banquero es en realidad una huida con los fondos de sus clientes y que su baja catadura moral refleja, en ese universo a escala que Ford echa a rodar, la pésima fama que los hombres del dinero tenían en 1939, año de estreno de la película, cuando el recuerdo de la crack del 29 estaba todavía muy vivo en la sociedad americana. Pero la memoria social es frágil incluso en los grupos avanzados a los que supone dotados de mecanismos para recordar el origen de los malos tiempos. Y ahora que volvemos a sufrirlas, **Paul Krugman**, el economista claro, constata que «para meternos en esta depresión han hecho falta décadas de malas directrices políticas y malas ideas que prosperaron porque durante mucho tiempo estuvieron funcionando muy bien, no para la nación en su conjunto, sino para un puñado de gente rica y con muchísima influencia». O lo que es lo mismo: los intereses del dinero y los del país divergen más de lo que se empeñan en hacernos creer.

En Krugman, un premio Nobel que antes recibió el Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales, hay, primero, un empeño en hacer inteligible su disciplina, depurándola de ese lenguaje intrincado y de casta que nos aleja del diagnóstico económico cuando más necesitamos saber. Su libro **¡Acabad ya con esta crisis!** responde a ese propósito y al de dejar en evidencia el grave error de diagnóstico que agranda esta depresión económica y oscurece todo horizonte de esperanza. Dedicado «a los que están en paro, que merecen algo mejor», este neokeyniano intenta «romper con el predominio de un saber convencional destructivo» y defiende «la necesidad de adoptar políticas expansivas y de creación de empleo». El desconcierto de aquellos que, cumpliendo a rajatabla las prescripciones, someten al enfermo a una cura de caballo sin resultados se dispararía al considerar la posibilidad de ese error de diagnóstico al que apunta Krugman, para quien «en el plano puramente económico, esta crisis no es difícil de resolver; podríamos recuperarnos rápido y con fuerza con solo encontrar la claridad intelectual y la voluntad política de actuar». Quienes pronostican algún alivio lejano con este tratamiento son, a juicio de este profesor de Princeton, inmunes

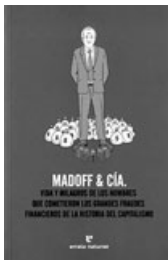
a las difíciles circunstancias de la mayoría de la población porque «centrarse solo en el largo plazo supone hacer caso omiso del vasto sufrimiento que la depresión actual está causando».

Krugman —que cita al banquero de **La diligencia**— refuta al «moderno neoconservadurismo», defensor de un flujo económico libre de controles al apuntar que «el crecimiento de las décadas posteriores a la desregulación ha sido, en realidad, más lento que el de las décadas precedentes; el verdadero período de crecimiento extraordinario fue el de la generación posterior a la segunda guerra mundial, cuando el nivel de vida vino a duplicarse». En las tres últimas décadas las diferencias sociales se han agrandado de forma notoria: «los ingresos de la familia típica crecieron mucho menos después de 1980 ¿por qué? Pues porque una gran parte de los frutos del crecimiento económico fue a parar a manos de la gente que estaba en lo más alto». Un ejemplo sangrante: los 25 administradores mejor pagados de los fondos que cotizan en Wall Street ganaron en 2006 «tres veces la suma de los sueldos de los 80.000 maestros de escuela de la ciudad de Nueva York». Krugman concluye que «aunque aumentar la desigualdad probablemente

PAUL KRUGMAN
PREMIO NOBEL DE ECONOMÍA
**¡ACABAD YA
CON ESTA
CRISIS!**

¡Acabad ya con esta crisis!

Paul Krugman
Crítica 2012



Madoff & Cía

VV AA

Editorial errata naturae

no fuera la principal causa directa de la crisis, si creó un clima político en el que era imposible percibir las señales de alarma y actuar en respuesta a ellas» y muestra su convencimiento de que «los ingresos de los ricos, lejos de ser una cuestión trivial, están en el meollo de lo que le está pasando a la economía y a la sociedad de Estados Unidos».

En ese apuntar hacia las causas que coadyuvaron a este tiempo de calamidad, Krugman reprocha a sus colegas la «abdicación intelectual por la negativa a aceptar la responsabilidad de comprender la depresión actual». «Ha sido angustiante», afirma, «ver hasta qué pun-

to los economistas han sido parte del problema, no de la solución» por efecto de «una mezcla de política y de cierta sociología académica irracional».

Para el lector de fuera de Estados Unidos, **¡Acabad ya con esta crisis!** tiene la limitación de la preponderancia del análisis de la coyuntura de aquel país, porque, es la que mejor conoce y la que más le interesa al autor, según el mismo reconoce. Pese a ello, dedica un capítulo a la situación europea que, de forma expresiva, titula «El crepúsculo del euro» y en la que desmenuza «la peculiar trampa que Europa se ha tendido a sí misma». Una trampa que

para este euroescéptico no es otra que la implantación de la moneda única sin progresar hacia la misma unificación en otros ámbitos de la economía.

Y para completar la galería de culpables hermanados con el banquero Gatewood de la ficción cinematográfica, en **Madoff & Cía** se recopilan, sin pretensiones de agotar la lista, las biografías y proezas de aquellos que protagonizaron algunos de los grandes fraudes del capitalismo, una especie de historia de la infamia circunscrita al mundo del dinero.



PABLO GARCÍA